



CLARA JANÉS

Huellas sobre una corteza

Huellas sobre una corteza

CLARA JANÉS





Prólogo a la presente edición

A Adriana Veyrat, autora de la portada de esta segunda edición del libro, debo el tener unas fotografías, encontradas hace poco por azar, que me hizo un día en que cayó a mis pies, desde el nido, una cría de vencejo. Este hallazgo es el que me mueve ahora a rescatar *Huellas sobre una corteza*. Su parte tercera, titulada «Runas», nace de dicho suceso. Siendo el pájaro recién nacido, estuvo el día entero pegado a mí, temeroso de cualquier otra cosa. Tuve que aprender que su alimento, en contra de lo que se hubiera podido esperar, consistía en diminutos pedazos de corazón de pollo. Tuve que aceptar llevarlo agarrado a mi ropa y moverme con gran delicadeza para no dañarlo. Nunca olvidaré su mirada asustada si lo depositaba en algún lugar, hasta que se me ocurrió una forma de animarlo al vuelo, lanzándolo desde cierta altura de modo que cayera siempre en sitio blando, pero habiendo dejado la puerta de la terraza abierta. Así, tras repetidos intentos, en un momento dado, se fue volando.

El libro se publicó en el año 2005 por la Fundación Jorge Guillén. Siempre estaré agradecida a Antonio Piedra, director de dicha fundación, por la iniciativa.

Huellas sobre una corteza es un libro que nace impulsado por la lucha contra las injusticias, entre ellas las sufridas por las mujeres, a lo largo de la historia, y el azar hizo que gozara de fortuna desde el primer momento. Mi contacto con autores de otros países, ampliaron su horizonte. Para empezar, conocido aún inédito por Louis Bourne, lo tradujo al inglés de modo que su primera edición fue bilingüe.

Enviado a distintas bibliotecas, se hallaba en la de la universidad de Austin (Texas), donde, impulsada por la profesora Sharon Ugalde, gran estudiosa de la literatura femenina, lo leyó la escritora uruguaya Ida Vitale, la cual, al verse citada se puso en contacto conmigo agradecida y comentando mis poemas. Esto fue el comienzo de una profunda amistad, tan extraordinaria como «*vitalizadora*».

Finalmente, aunque ya comenté el hecho en el prólogo a la primera edición, quiero recordar de nuevo a Martin Moij, director del Festival de poesía de Rotterdam, *Poetry Internacional*, al que fui invitada como representante de España en 1986. Éste, con motivo del primer poema «Árbol más allá del silencio», dedicado a él y a la memoria de Ahmad Shamlu,

estuvo hasta el final de sus días en entrañable contacto conmigo y proponiéndome cosas.

En cuanto al último poema, «La rosa de Hal.lach», de trasfondos que abarcan numerosas civilizaciones, como también expuse en su día, es el desarrollo de uno mucho más breve que nació por encargo del poeta de la Isla Mauricio Khal Torabully, que en el año 2003 realizaba una antología con motivo del incendio de la Biblioteca de Bagdad.

Nota

Tal vez como Nachiketa lo que anhelamos, ante todo, es conocer el sentido de la vida, y esto es lo que nos lanza una y otra vez al poema. Y la vida no es solamente nuestra vida, sino toda la vida que late en derredor, vinculada a la nuestra por el mismo aire que respiramos. Nos detengamos a expresar un sentimiento o la belleza de un paisaje o una obra de arte, en cada palabra intentamos afianzar el edificio de la fe contra el sinsentido de la existencia, contra esa comunión imposible con el otro. Las sucesiones son fugaces, efímeras como el rocío, pero también luminosas, multicolores y, paradójicamente, llenas de crueldad y sufrimiento. Todo ese aluvión se mezcla en las aguas que corren hacia la muerte y asoma en su rumor. Ese rumor bien puede encarnarse en la voz del poeta que en su andadura cruza la alegría y también el desmoronamiento, esa «universal destrucción» que, dijo el cineasta ruso Andrei Tarkovski, sólo el amor puede vencer. Así la palabra se convierte en vía de amor y abraza cuanto halla, para ser también suave arma.

Los poemas aquí recogidos nacen a raíz de encuentros inesperados que abren la llaga del dolor de los sucesos sobre los que planea, como diría María Zambrano, «la sombra del poder». Son poemas que miran hacia un horizonte amplio y cruzan tiempos y espacios, abarcándolos. Por ello acogen versos ajenos y remiten a culturas próximas y desaparecidas. Esto se produce a veces de modo explícito, como en «Árbol más allá del silencio. Crónica de una elegía», otras no, como en «Huellas sobre una corteza», que es un canto a la mujer y en un amplio fragmento remite a los *landay* de las anónimas poetisas afganas.

«La rosa de Hal.lach» nace de una petición del poeta de la Isla Mauricio Khal Torabully para incluirlo en una antología realizada por él con motivo del incendio de la Biblioteca de Bagdad en el año 2003. Khal me pide el poema de un día para otro y escribo una primera versión de dos páginas que se publica en traducción francesa en *La cendre des mots* (Harmattan, París, 2003). Pronto comprendo que esas dos páginas eran un germen y que el poema abarcaba mucho más. Y las vagas referencias a culturas desaparecidas se van concretando sucesivamente en sus versos y van desde los cantos de amor del antiguo Egipto y el *Libro de magia* de Cleopatra hasta los «Atavíos» de Tezcatlipoca y Tlaloc, y el «Canto a las bellezas del día»,

recogidos por Miguel Ángel Asturias en *Poesía precolombina* (Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires 1968), pasando por la sabiduría de los *Vedas* y las *Upanishad*, el *Libro de Job*, referencias a Aristóteles, Eckhart, Chuang Zu, Rabbi Nahman o San Juan de la Cruz, e incluyendo citas de Wang Wei, Pei Di, Issa Kobayashi, Jorge Manrique y Shumpo Soki. La poetisa que recorta «la mecha de las candelas» es Li Qingzhao, el que habla del «domesticador de pájaros», Ilhan Berk, quien remite al que «lleva un cuenco de leche», Gunnar Ekelöf, el que «robó de las antiguas tradiciones», T. S. Eliot y el que «me ha dado el hilo de plata» para el poema, Vladimír Holan.

C. J.

Qué fueron sino rocíos de los prados
Jorge Manrique

I

Árbol más allá del silencio
Crónica de una elegía

*Para Martin Mooij
y a la memoria de Ahmad Shamlu*

Sobrevolar el paisaje adusto, las cumbres nevadas, y llegar al verde:
 esto es Bremen, y ya las voces resuenan por mi cabeza,
 unidas en una sola voz, desde que una noche,
 en una sala oscura, me anunciaron el encuentro.
 Sí, volvería a Bremen y
 una vez más sería esa distancia añadida a un plazo de inquietud,
 una carta que vacila en el aire y que no sé escribir
 porque no hay respuesta...
 Y, una vez más, el poema como presencia incesante
 entretejida con los sucesos de la tierra del chico de la carta
 y aquella imagen vista en un periódico, su foto, diría yo,
 en la protesta estudiantil...
 Pero Bremen es llegar y, de inmediato,
 saludar a un poeta llamado Said, que escribe en alemán,
 hablar con él de Shamlu y ver como las lágrimas se forman en sus ojos
 y oír como dice: era el más grande, era múltiple,
 nadie escribió unos versos como los suyos sobre el héroe:

*¡Nasly! Sonríe la primavera y brota la violeta.
 En casa, bajo la ventana, florece el viejo jazmín.
 ¡No lo pienses más!
 ¡No pretendas echar un pulso con la odiosa muerte!
 ¡Ser es mejor que no ser, especialmente en primavera!*

[...]
*Nasly no habló,
 como el sol,
 salió de la oscuridad y se sumergió en sangre
 y se fue...*

Y así vibra en el aire, soterrada, pero desde un principio,
 la lucha a través de la palabra,
 por este motivo no se aparta de mi cabeza ese joven
 que me habla del país de los asesinos de pájaros.
 Pero aquí está Breyten Breytenbach, tan elegante y cortés,
 al que oigo decir «cuando salí de la cárcel...»
 Y de inmediato asoma Reza a mi mente,
 Reza y sus arriesgadas películas de denuncia.
 Y las otras,
 la búsqueda de unas ruinas y un caballo blanco...

Siempre hay un caballo en mis últimos poemas,
 siempre hay amapolas y el luto por Siavash,
 siempre hay un fuego en el interior
 y las llamas afloran en los rododendros del parque de Bremen,
 porque Bremen es un parque y un río sosegado con patos
 y árboles descendiendo majestuosos hasta bañar sus hojas en el agua,
 cruzar el puente y perderse luego por una callejuela
 llamada Böttcherstrasse
 y encontrar de pronto el nombre de Paula Modersohn-Becker,
 y ya flota Rilke en la atmósfera:

Comprendo

*Igual que un ciego palpa alguna cosa
 así siento tu muerte sin nombrarla, le escribió él.*

Y así siento yo, como ciega...

No hay nadie por las calles, ni por la plaza del mercado;
 nadie, a estas horas, contemplando «los músicos de Bremen»
 ni la fachada de San Pedro,
 ni aquel museo que se inauguró con una obrita del poeta.
 Y esos rododendros que flanquean el camino
 son tan intensos como los de Vchotový Janovec,
 donde él iba a ver a Sidonia Nadherná.
 Pero aquí, en Bremen, sobre todo, Clara Westhoff,
 su *gelibte gespielin*, y la conciencia de que algo *puede no ser más*,

Y tú vivías impaciente

porque sabías, esto no es el todo.

Vivir en una parte solamente... ¿De qué?

Vivir en un sonido tan solo... ¿Dónde suena?

*Vivir tiene sentido sólo unido con muchos
 círculos del espacio que crece hacia lo lejos...*

Sí, crece ese círculo, crece en la poesía,
 crece hacia los vivos que pueden *no ser más*,
 y crece hacia los muertos amados y admirados.
 Y uno siente en su fondo que es cierto:
todo ángel es terrible,
 y que la poesía es terrible y hermosa,

porque rasga los siete cielos
y nos rasga a nosotros,
y nosotros nos rasgamos en ella hasta situarnos incluso en la nada.
En la nada, sí,
pero que sea una nada
cruzada por el relámpago de su nuevo poema,
esos movimientos funámbulos
sobre el abismo de una noche acosante,
cuchilladas a veces...
Todo ángel es terrible, y éste chico
contrastaría aquí con el joven alemán, de nombre Nicolai,
que hace sonetos y canta «El arte de la fuga»...

La poesía es una presencia irrevocable,
pero no hay olvido, aunque la única posibilidad de olvido,
sea la misma poesía.
No hay olvido. Y, sin embargo,
yo lo olvido todo cuando, al leer, cito el nombre de Bobrowski.
Entonces empieza el movimiento:
la familia de Bobrowski es una estampa que me otorga Michael Agustin,
Sujata Bhatt pone en mis manos sus libros
y me habla de Nachiketa, al cual la muerte concedió tres deseos
y él anhelaba, ante todo, conocer el sentido de la vida.
Y yo, por esas calles de Bremen que van a dar al río
y por los boscosos caminos,
me repito la pregunta de Nachiketa,
porque ese muchacho me ha escrito: «la esperanza nos aprisiona»,
y un torrente de congoja cruza mi corazón
en pos de la niebla matutina.

No hablar...
Me callo, me callo porque no hay respuesta.
No, no hablar,
pero el lenguaje se apodera de mí.
Bobrowski dijo *baum*, esto es, árbol
más grande que la noche
con el aliento de los lagos del valle
con el susurro sobre el silencio,
árbol de la vida,
la vida,

la vida sobre el silencio
o bajo el silencio o más allá del silencio;
por este motivo la respuesta sólo puede ser «estoy vivo»...
Acaso nuestra vida, aquí,
en este paisaje tan verde como el de Mazandarán,
tan verde como aquel por donde Bobrowski escribía sus poemas
camino del trabajo –Brigitte Oleschinski
dice que fue amigo de Paul Celan...

Brigitte condensa los poemas,
sus versos son bandas escultóricamente tratadas.
Joachim Sartorius, por el contrario, los deja fluir suavemente...
¿Vas a cantar?, pregunta Martin Mooj.
Y delante de nuestros ojos surge Rotterdam,
el parque con los puestos de libros,
Mahmud Darwich, Adonis, Dağlarca, que parecía un rey,
la película de Reza sobre el Festival,
la película que no llegó a hacer sobre Shamlu,
«y yo le hubiera acompañado,
pero a él no lo dejaron entrar en el país».
Y sí, Ahmad Shamlu, su valor, sus enormes sufrimientos,
su pierna amputada...
Y puebla mi cabeza aquella tarde luminosa,
desde el silencio reverencial al estallido de alegría,
la figura de Aida, los amigos,
él mismo, fuerte como el lenguaje,
como árbol más allá del silencio.
Digo a Martin: «yo fui a verle». Y también
que hay un joven en Irán, un excelente poeta...
Y él, como una flecha: «¿está en peligro?
Si lo está, podemos ayudarle».

Y de pronto me caigo del caballo:
sí, acaso Martin pueda ayudarle, pero yo no sé siquiera como escribirle,
cualquier cosa resulta vanal
ante una vida que se enfrenta día a día con los asesinos de pájaros.
Por este motivo presto poca atención a un coreano
que hace gracias con la voz,
pero no puedo dejar de admirar a los ingleses,
sus juegos fónicos...

Y tampoco a una irlandesa
que antes de cada poema dice que en él se ve por qué escribe poesía.
Yo podría hacer algo parecido...
Pero hay que decir una sola cosa.
Hay que decir una sola cosa y yo, en el teatro, digo lo de Bobrowski.
Y me apresto a trenzar mi voz con la melodía del saxo,
a dialogar con él,
y en ese diálogo, olvido...

Este es el año de las equivocaciones,
a la ida me equivoco de tren,
a la vuelta me equivoco de estación...
El traqueteo y los pensamientos son una misma forma socavante...
Bremen es eso: la cabeza en blanco, de pronto,
como en blanco sigue esa carta, por su propia fragilidad.
Vivir en una parte solamente ...
Y en esa parte, tan lejana que no alcanza ningún margen,
se torna huidiza la fe en el amor.
Sólo hay instantes en la vida, esos instantes únicos, que son eternidad.
La visita a Ahmad Shamlu,
o las palabras de Martin Mooj: «¿está en peligro?»

El ojo cóncavo del acecho,
el aire convertido en alambrada,
las cárceles llenas de pájaros,
y ese muchacho,
aquella foto del periódico, casi seguro,
él y su amigo, los dos con una seriedad escalofriante,
sus caras dadas a la alegría, con la mirada dura,
y sobre sus cabezas el cartel que denuncia
el *movimiento ilegal de los grupos de presión...*
Pero ¿qué puede el amor frente a los dueños del mundo?
La inteligencia –digo–.
Y Saíd dice: «No,
ni en veinte años, allí, será posible...»

Y vuelve a Shamlu,
sus palabras de Estados Unidos,
su valiente regreso.
«Dijo siempre lo que tenía que decir,

hasta el día de su muerte.
 Y cuando murió, Aida salió al jardín, cortó una flor
 y la colocó junto a su pie».

Veo la flor, de pronto, es de un color carmín encendido.
 Veo la mano de Aida,
 cumple acaso un antiguo ritual de respeto, el *pranam* de los hindúes.
 Veo la luz entre los árboles y arbustos tan cuidados,
 y oigo las primeras palabras que él me dirigió:
 «¿Se parece Aida a la de mis poemas?»
 ¿Es Aida la «dama de la lluvia»?

*Entonces vi a la altiva dama de mi amor
 en el umbral de cada pétalo de lilio
 pensando en el cielo lluvioso.*

*Y entonces vi a la altiva dama de mi amor
 en el umbral de cada pétalo de lilio de la lluvia
 cuyo vestido era presa del osado viento.*

*Y entonces la altiva dama de la lluvia
 en el umbral de los lilios
 regresaba
 de un fatigoso viaje por el cielo.*

Sin duda es ella,
 y el poema, tan hermoso,
 se une a esos *círculos del espacio que crecen a lo lejos*.
 Y eso debemos hacer todos
 unirnos a todos,
 crecer hacia lo lejos,
 pero ¿cómo?

Pienso ahora en Jíři Orten,
 muerto el día en que cumplía veintidós años ,
 no admitido –por judío– en ningún hospital...
 Veintidós años y habiendo escrito ya aquellos versos:
*Le escribo, Karina,
 y no sé si está viva...*
 Fragilidad, fragilidad y fuerza,
 ¡qué fuerza para no moverse de la Praga ocupada

II

Huellas sobre una corteza

Como una oveja perdida en la noche¹
me acogí a la fronda...

El día partió con su hato de esperanza,
llevándose las horas y el horizonte virginal
donde todos los brotes apuntaban,
y la noche, que pudo ser cristal para los sueños,
se tornó un ojo oscuro
y el grito airado del muchacho
que me apartaba para dar paso a su rocín.
La tierra se estremeció ante el cuchillo de su voz...
Y yo, que sembraba y recogía,
sacaba agua del pozo,
disponía los alimentos sobre el mantel
y corría por los campos ondeantes de brisa
cuando tenues mariposas
expresaban el cauteloso vuelo del despertar,
sentí que esa voz cercenaba mi aliento.

Como una oveja perdida, sí, vagaba.
Y la noche
se asentó en todos los confines,
y el grito proseguía,
ocupaba la angosta callejuela,
y prendía en mi como una llama
porque, frente a su bestia, nada era yo
para el que lo lanzaba.
Y crecía su ansia de dominio,
y por su voz se abrieron hendeduras,
se cayeron las casas
y estallaron minas en mi seno,
que toda voz de hombre es voz de guerra.

Como una oveja perdida,
como una tierra exhausta de dar fruto
vagaba por el filo de esa voz
que me arrasaba

¹ Verso de Ida Vitale.

y establecía el olvido del amor,
y en la senda dejé manchas de sangre...

¡Cúbrelas!, me decía,
convoca una niebla azul
que confunda tus pasos con el mar.
Nadie sabrá si son las olas que han alisado el paisaje
y se mezclan con el humo
y esa nube de ira que se destaca gris
ocultando el umbral de la acogida...

Como una oveja perdida por el amor
me retiré a la espera
y amansé en mí su negación de mis trabajos
y sufrí que su mano, un día hoja suave,
se tornara de acero...
porque hubo un tiempo de inocencia
y el río fértil y sagrado reflejaba nuestros rostros,
de hombre y de mujer,
mezclándolos,
y creímos en el paraíso de nuestro corazón,
y entonces alguien dijo: os daréis las manos como pares,
os pondréis los anillos de igualdad,
compartiréis la dignidad y el techo
y vuestras vidas seguirán paralelas
hacia el devenir...
Y en esa espera continuó
porque vuelven las flores del almendro
y se extiende el perfume de romero por los valles,
y blancas campanillas que indican la paciencia.

Yo llevo todavía los panes y los peces,
llevo los higos y las avellanas,
la miel y el vino...
Yo cumplo antes del alba con la luz,
lavo el horizonte con mis palabras,
dispongo el amanecer,
tejo con mis manos los instantes del día,
escribo sobre una corteza las sucesiones y los cambios...
Ninguna de estas cosas es inferior a una transacción,

a la soldadura del ala de una nave antes del vuelo,
al arma que desgarrar la tierra,
o al clavo en la madera del ataúd.

Fui espigadora un día,
y pastora por los riscos,
preparé el queso
y por la noche cantaba a las flores dormidas
y a los niños
para que entraran en el dibujo de la luna,
en las ondas de plata,
y se mecieran.
Ahora sólo se oyen susurros de dolor.



Ponte la burka, me digo,
no enseñes más el rostro,
que ya nadie soporta el rostro del amor.
Esconde tu mirada
o endurece tus ojos hasta el pedernal,
que aquel que lamentaba vivir entre asesinos
ofrece sólo brumas de discordia
y arden los decorados del abrazo
y sus cenizas se extienden hasta la lejana curva del paisaje.

Ponte la burka,
que al alba no serás una flor en sus labios,
ni el canto del gallo indicará separación,
y aquella cita para morir juntos
bajo las cuchilladas entre trigos
enmudece en el aire,
pues han dado muerte al clamor amoroso
y arrastran por los caminos su cadáver.

Ponte la burka
y no hables de tus muslos de terciopelo,
no te atrevas a mencionar tus dedos ni tu boca,
rechaza a Salomón
que celebró tu vientre como montón de trigo

y te abrió como una flor a la plenitud.
Llama a una tempestad de nieve
que sepulte tu voz y tu memoria,
llama a una tempestad de arena
que se lleve las dunas del deseo.
Recógete bajo el vacío silencioso.
Ponte la burka
y que ya nadie vuelva a ver tus ojos.



Llegaban aves migratorias
y su sombra por los campos
acunaba a las mieses soñadoras del vuelo.
Llegaba el río
con los barcos de luz
empujando trayectos unidos a la vida
y yo con pies descalzos, por la hierba,
recogía la pesadumbre del amado en mi regazo
y engendraba el nuevo florecer de los jazmines
mientras un canto lúgubre
recordaba la muerte de los mártires,
cuando los alfileres de los grillos sujetaban la noche,
mas la caverna de su oscuro corazón
rechazó mi pecho
que era cuna de la desolación y el sueño
y sin descender al invisible fondo del amor
me marcó con un estigma...

Enterradme hasta la cintura
que él ha lanzado la primera piedra
y ya en la blanca tierra con mi sangre
el color de mi rostro se define.
Y corren manadas de potros desbocados junto al mar
para romper el dibujo de las olas,
y se desboca un cielo de nubes de tormenta
y cae una lluvia tenebrosa sobre el alma.
Enterradme, que sólo apuntan ya sonos de lucha,
y el hombre,
que fue soporte a un aura iluminada,

perdido en sus límites,
tala los bosques del más allá
y mutila su raíz.

El día partió con su hato de esperanza,
la noche se asentó en todos los confines
Y pasa el muchacho con su rocín
y grita,
y la tierra se estremece por el cuchillo de su voz.
Y yo,
como una oveja perdida, vago.
Y se abren hendeduras por doquier
y se caen las casas
y es vano el canto de la tórtola al alba,
la plegaria del árbol,
la carrera del ciervo por el monte,
el correr del agua.
Y cae, cae esa lluvia tenebrosa.
Y todo es negro,
se incendian los barcos,
se tiñen de negro los océanos,
las grutas,
y la línea del horizonte
es el luto por la prístina alegría,
mientras estallan bombas,
saltan los cuerpos por el aire,
queda la tierra calcinada
y tanta muerte
siega el germen hasta en lo más recóndito.

Entra la luna con su lámpara e ilumina la sombra
y sólo ve despojos.
Se encabrita el caballo,
y el grito resuena al infinito
y me taladra.
Me amuralla el dolor,
no quiero la semejanza de empuñar un arma,
aspiro sólo a que la nada nos iguale.
Pero, a brazadas, todavía recojo y enarboló las palabras:

«Sólo el amor es capaz de vencer
la universal destrucción²»,

Hubo un día en que empuñé la espada,
el silencio o el verbo.
Fui Eduana y hace cinco mil años
revelé que la fuerza de mi cuerpo
hasta a los dioses atemorizaba;
fui Savitrí y superé la hazaña de Orfeo:
conmoví a Yama, señor de la muerte,
con mi elocuencia,
y él a mi esposo devolvió el aliento;
fui Safo y negué paso al llanto en mi morada
y el eco de mi canto a la belleza
se escucha todavía por los prados;
fui Murasaki y escribí las aventuras de Gengi;
fui Lisístrata, Cleopatra, Antígona, Porcia, Teresa de Jesús...

Hoy como una oveja perdida en la noche, sigo,
porque sigue la noche,
y avanzo con firmeza hacia la oscuridad,
que acaso no volverá el día;
no, acaso ya no volverá...

² Andrei Tarkovski.

III

Runas

Enero de 2004

Aquel pájaro al que enseñé a volar
y partió hacia su destino...

Miro al cielo
y veo pasar nubes vacías
y mi cuerpo se vacía de memoria
y vacío está mi corazón de tanta espera
-el misterio sigue del otro lado
del vuelo,
del otro lado...

El frío acrecienta el silencio,
la savia se encoge en las ramas
hasta la grieta
abierta a la oscuridad;
la helada luz
arrasa los campos,
pero en su red queda suspensa
la belleza.
Alguien canta
en un lugar de la fantasía,
alguien susurra la fe...

Mas yo no reconozco
ni una gota de rocío en el pétalo del alba.
Clausura la sombra mis oídos.
Agoniza mi mano,
que apenas puede trazar ya
sobre la nieve
el signo del amor.



¿Por qué no tomas mi mano
con la tuya
y la devuelves al signo?
He aquí un papel en negro
que espera
la explosión de nuestro tacto
para arder
en el fuego del espíritu.

Todos los números son negros ahora,
todas las palabras
tienen cerrados los párpados
porque el misterio sigue
del otro lado.
Así la oscuridad
se ensancha como un río.

Dile al pájaro que vuelva,
dile que deje en el alfeizar
una pluma parda,
para que yo sepa que hay
posibilidad de regreso,
para que me cubra de mansedumbre
antes de que la niebla
inicie la ceremonia del olvido.



El poeta miró al cielo y dijo:
en ti se encarna la estrella del crepúsculo.
Y las barcas se mecían
en el estrecho
siguiendo el declive de la luz
y yo me alejaba
al compás del agua
hacia el crepúsculo
y el crepúsculo me enlazaba.
Llameaban las aguas
y los cielos
y el misterio era la blancura.
No hubo otra palabra.
Blancura y oscuridad
anidaron en mí
y entré en el sueño de la nada,
amor y nada
amor y nada.



Nada.
Y me pregunto por su movimiento
cuando el amor
absorbido por la gravedad
ya no alcanza los bordes.
Nada mudo
hasta que el viento o el fuego
inicien de nuevo la vibración
y un soplo
se ponga en marcha
y deje ir la primera vocal,
un estremecimiento
que defina
tiempo y espacio,
el aquí que se toca
y el adivinado mundo
de lo impronunciable.



Pero el aquí se ofrece
opaco a nuestros ojos.
Toda distancia
arroja al opio del ensimismamiento,
a la sima de sombra sin salida.
Los altos muros de la separación,
las masivas procesiones de fuegos y asesinatos
y muertes y masacres...
Leprosos están los cielos
y la corteza de la tierra.
Y los dedos del mal hurgan en las llagas
para avivar el dolor.
Acaso el pájaro sigue una llamada de luz,
acaso va en pos
de las ondas primeras...



Ah del ladrón
que robó la blancura

y la depositó sobre los trigos.
No pensó
que los cuervos
iniciarían una danza ritual
para que el sol
la bañara de sangre,
y los buitres al punto asomarían
y todo el campo
con un manto púrpura
avanzaría hacia su crucifixión.
Y Anubis enmudeció
y cerró la puerta
y en la laguna
temblaron los cipreses.
Negra soy pero hermosa,
negra soy
pero no con la negrura
de los números oscuros
porque mi alma es transparente
cristal, vaso
para el agua de los ángeles.
De puro despojamiento
ha perdido incluso la idea
y la palabra.



Dejar que parta el que se va
y acoger al que se acerca,
eso dice el oráculo
ahora que Orión
ocupa por el Este la entera bóveda.
Y llega el momento
en que el movimiento es ambiguo,
ir y venir
son rasgos de un rostro,
pero ¿qué dicen los posos del fondo
del corazón?
Todo silencio es un hacha.
La hora de las cabezas cortadas

resuena en el campanario.
Y los tajos provocan
corrimientos de tierras, desplazamientos.
Y el esclavo es señor.
Y el demiurgo
levanta el estandarte de la mentira.
Se acerca el agua estancada,
la inmovilidad turbulenta,
aunque corra la sangre
y el viento arremoline las hojas secas
y alguien cante
en un lugar de la fantasía
y el dolor confunda los números oscuros.
Estar aquí es callarse.
La lámpara de aceite
no sabe ya por quién está en vela
y noche tras noche palidece
y espera su propia caída
y la llama final.



Conservar la lámpara encendida
en la total ceguera,
porque la exigencia es fe;
abrir el perfume de las rosas
y que se ensanche...
¡Venga una oleada,
un agitarse de la tierra,
un derrumbamiento,
una sacudida que desplace la visión!
No se reconstruya el mundo antiguo,
no se levanten más cúpulas vidriadas,
recójense los cadáveres y entiérrense
y plántense árboles
donde hubo fortalezas,
árboles en las ruinas,
árboles en las tierras estériles,
árboles en el desierto del pecho,
para atraer a la lluvia,

árboles en la memoria
que se llenen de pájaros y vuelo.



Entra la desposada
en la casa del hombre
y el abrazo se prolonga hasta el alba
y su rubio cabello
son hilos de oro que flotan en el azul
tendiendo lazos a la vida,
acosándola,
porque todos los ceremoniales
fueron demorados,
todos los procesos
perdieron su carácter
para tornarse en deberes y derechos.
Y los lazos dorados
se adentran por la grieta
y se apoderan del bien oculto.
Y guarda la desposada el misterio
en un cofre
pero pierde la llave
y a sí misma en la oscuridad.
A lo lejos el agua se amansa,
la flor de loto recoge el silencio.
Dice el oráculo:
por encima del lago
planea el trueno:
la esposa reciente;
y en virtud de la eternidad,
el hombre recorre lo perecedero.
Nada es propicio,
nada está
en el lugar que le corresponde.
A lo lejos, bajo los sauces,
una amatista se recoge
en su color de duelo.



La piedra
asiente a la transformación,
el violeta cruzado de destellos
es el agua del pozo que no acaba.
La inmovilidad es firmeza
y agua clara sin fin.
Que beba el que quiera,
que venga el que viene.
Elevada ventura es ese agua
para todos inagotable.
No llega el trueno,
no llega el viento a su profundidad.
No llega el derrumbamiento exterior
a su calma,
casi tan secreta
como el misterio
y tan encendida como el aire,
sutil
hasta la invisibilidad.



Ni piedra sobre piedra,
ni río en su cauce,
ni monte inmóvil:
cada cosa
encarna su desmoronamiento.
Y quedan los restos inconexos
en las cenizas.
Y queda el misterio preso.
Los números oscuros
se condensan.
La cohesión se debate
en pugna con la sombra.
La única mirada
que cruza los ojos,
desde un solo ojo de sabiduría
busca el azogue limpio
donde sólo la lámpara persiste.
La libertad

es la ignorancia,
la pobreza mendiga.
Pero el agua protege su firmeza
y la calma es
un sin tiempo y sin lugar
que es par a la abolición,
quedar suspenso ante el verde de los brotes...
Que parta el que parte.
que llegue el que llega.



Dile al pájaro que sólo hay árboles
en mi corazón.

IV

La rosa de Hal.lach³

³ Escrito con motivo del incendio de la biblioteca de Bagdad en el año 2003.

Pero existe la fe de la estrella
*en todas las estrellas*⁴ –escribió en la playa.

El oleaje exhumaba la memoria de un océano sin fin
y del sol emergiendo de la oscura caverna.
Sobre las noches y los días,
el escarabajo improvisó una danza,
y a la orilla del río, el papiro entonó una endecha azul:
*una palabra sabia está más escondida
que las piedras preciosas.*

Buscad esa palabra dijo el rey.
Y los peces del Nilo se sumergieron hacia el légamo
y los lotos la elevaron del cieno a las alturas.
Y la palabra quedó dentro de la fórmula
trazada por el mago
entre los cuernos de la luna.
La reina la veneró, la incorporó a su libro.
Con tinta de azafrán dibujó sobre las hojas alisadas
la forma que no acaba,
y colocó su libro junto al *Libro de los muertos*.
Cuando llegue la hora,
fecundará los signos de las vendas.
Con el sol entraré en el mar,
me cubrirá la escritura del agua, de rizos en la línea,
recorreré todas las vías
y cruzaré todas las puertas,
destellará la letra que es una serpiente
y la que es una pluma de ave, que indica la alegría.
Bastet hará sonar el sistro
para que las nubes se llenen de ánsares.
Y el cazador atrapará un antílope,
y llegarán a la playa portadoras de flores
mientras mi cuerpo
libera al vuelo sus dos almas.

Y la ola voluptuosa acarició los trazos de la orilla
y los borró.
Y el mar se replegó en sí mismo.

⁴ Vladimír Holan.

Pero existe la fe de la estrella
en todas las estrellas –escribió en el desierto.

Eran letras que llamaban a sus antepasados
con agudos picos en insistente sierra.
Venga un *tuppu* alombado,
escrito con estilete de caña y secado al sol,
donde se narre el origen del mundo,
el cálculo mayor del que los demás nacen.
Vengan los sabios y sepamos qué es el tiempo
y cómo se divide,
y sepamos qué es el espacio,
y tomemos medidas con regla y compás.
Vengan los que crearon las tablas para contar
y los que trazan los círculos
de los siete cielos, rodeados de ángeles,
por los que corren los animales del horóscopo:
todo se halla bajo el poder del signo,
todo está cifrado en las posiciones de los astros,
de modo que el que siembra
y vierte agua en los surcos y cava los regueros,
mira a las estrellas del este y del oeste,
porque en el cielo están marcados con luz los sucesos y presagios,
incluso el descenso de Inanna a los infiernos,
y las hazañas de Giglamesh,
que sintiendo en su cuerpo la aridez de la tierra,
buscó el agua profunda,
y de este modo persuadía a los ancianos:
*para terminar los pozos, para terminar todos los pozos del país,
para terminar los pozos y las concavidades pequeñas del país,
para ahondar los pozos, para completar las cuerdas que se amarran,
no nos sometamos a la casa de Kish, ataquemos con las armas.*

Y se hicieron las armas
y se forjaron de metales que estaban escondidos,
que no existe el lugar donde se pisa el zafiro y el oro,
que todo se halla oculto.
Para terminar los pozos, para terminar todos los pozos del país...

Agua,
agua que fecunda hasta el desierto estéril
y le otorga una rosa, una macla nocturna
hija del frío súbito,
el frío contra el que nada pueden los conjuros,
el frío que paraliza las arenas...

Y el viento, suavemente, besó todas las letras y las deshizo.
Y luego trasladó una duna a la zona borrada.

Pero existe la fe de la estrella
en todas las estrellas –escribió en la corteza de un árbol.

El árbol callaba,
reducía su sombra para que brillaran las palabras.
Y la diosa que moraba en él dejó ver su imagen.
Sostengo dos pájaros, dijo,
uno en la cima que contempla todo el orbe,
otro en las ramas que se come los frutos,
inmortal y mortal, conciencia y acción, juntos
forman la fuerza y la fragilidad,
la luz del alma,
y el que está por encima del hombre,
el que está más allá del ser y del no ser,
realidad de la realidad,
germen que todo lo ve y todo lo juzga,
porque el animal no juzga,
la planta no juzga,
la montaña, la roca, el mar no juzgan.

Vamos a ser con el animal.
Vamos a ser con la planta,
con la montaña y con la roca, y con el mar,
porque en el interior del corazón cabe todo el universo,
cielo, tierra, fuego, viento, sol, luna, relámpago, estrellas,
y, fundidos pero no confundidos, giran,
y giran las ruedas del yo y el no yo,
de luz y sombra,
nacimiento y muerte.
Y vagan como el sol que *avanza resonando.*

Vamos a ser el sol, con pies y manos,
y con el intelecto, *el más rápido de los pájaros.*

Hay que sentarse sobre el león,
deshacerse *del mal como el caballo se sacude de sus crines,*
deshacerse *del cuerpo*
como la luna se desembaraza de la boca del eclipse...
tenderse sobre la espalda del agua,
venerar la tierra y sus cuadrados ascendente y descendente.
Y no anublar el cielo.
Y no cortar árbol ni enredadera ni matojo.

Y llegó el animal y sobre lo escrito,
con las uñas, garabateó sus señales
y deshilachó la madera
hasta dejar desnudo el tronco en su capa leñosa
anterior a los mensajes.

Pero existe la fe de la estrella
en todas las estrellas –escribió sobre una hoja.

Y todas las trinidadas,
todos los nacidos de virgen, los resucitados,
los arrojados a un pozo,
los abandonados en una cesta al correr del río,
los que transformaron bastón en serpiente,
los que separaron las aguas,
los que anduvieron sobre las aguas,
los que profetizaron la llegada del Mesías,
los constructores de templos y palacios,
los que escribieron libros de sabiduría
se alimentaron de renuevos,
porque, aunque el árbol se seque, sus raíces le dan savia,
que no se detiene el curso de las sucesiones,
ni el de las mutaciones, los cataclismos,
las guerras, los cambios de la suerte...

Morir, desvanecerse, renacer
claman por la paciencia.
Y la paciencia del más paciente clama:

Él traslada los montes sin que se den cuenta y los zarandea en su furor.

Él sacude la tierra de su sitio y se tambalean sus columnas.

Y, como hombre, el más paciente se endereza,
se pone en pie y se doma a sí mismo
tal, en el yunque, el metal doblado por el herrero,
y se erige en individuo frente al dios:

De piel y de carne me vestiste y me tejiste de huesos y de nervios.[...]

Como a un león me das caza y repites tus proezas a mi costa.

Y hombre, hijo del hombre, nacerá el nuevo dios
y hasta el templo será el cuerpo del hombre.
Y el dios hombre se entregará en sacrificio como cordero.
Se ensombrecerá el sol, los cielos se abrirán
y será noche el día
y de la tierra se levantarán los muertos.
Y todo quedará envuelto en el enigma
y escrito sobre pieles de animales.

Morir, desvanecerse, renacer...

Pero el amor del hombre a la línea recta,
el amor al diálogo, a la idea, al silogismo, a la ecuación...
Penetrar todos los puntos del dibujo de la forma
y entrar en la materia, en lo que fue, το τι ην ειναι...

Y la escritura fecundada por la razón,
rebasando la letra consonante de los hombres de Canán
y la letra vocal de Micenas.
Y todas las letras reinan en su emplazamiento
en bloques de diorita, obeliscos, muros,
rollos de papiros, tabletas de arcilla,
óstracas, códices,
porque hay que escribir también lo que no está escrito,
esas ondulaciones invisibles que nacen del cerebro,
ese ir y venir, condensarse y dispersarse de las ideas,
esa plegaria sostenida ante el misterio,
ese canto que brota de la sorpresa
al ver las hojas danzando sin su materia en el agua
y el ave que las cruza sin su materia, seguida de su sombra transparente,
y el jazmín que ni en la sombra puede ocultarse...

Y así el pincel chino traza
un signo entreverado que todo lo descifra,
dibuja un caballo que son diez mil caballos,
y equilibra como en un sello las rayas que significan,
y todas las letras se asombran
ante sus trazos en la seda y el delicado papel.

Y anuncia con descargas de pólvora:

más allá de lo ilimitado:

lo ilimitado.

Más allá de lo infinito:

lo infinito

¿Quién se atreve a preguntar otra cosa?

Guárdese silencio ante el cuerpo y la mente,
guárdese silencio y repita el hombre sobre sí mismo
las palabras que apaciguan:

Su estado es lo inútil.

¿Qué podría entonces perturbarlo?

Descubra la indetenible quietud sobre los lomos del tiempo,
la pausa ante una cesta de manzanas
o un parque de anacardos;
cuide el paisaje porque un puente, un camino, un templo
deben adecuarse a los montes y los ríos
moldeados por el viento y por el agua.

Y uno dice:

*En medio de la montaña,
junto al barranco,
la casa solitaria y silenciosa.*

Y dice el otro:

*Vuelvo a mi hogar,
veo en la hierba gotas de rocío.*

Y dice más allá un tercero:

*Un mundo de rocío
y en una sola gota
la discordia.*

Y dice más acá un cuarto mirando los sucesos:
¿Qué fueron sino rocíos de los prados?

Y galopa la muerte soberana
con nubes de polvo y repiqueteo de cascos.
Y el caballero castellano no se inmuta,
pero el monje budista suelta una carcajada
y escribe con su último suspiro:
*mi espada se recorta contra el cielo;
con su hoja bruñida decapitaré a Buda
y a todos sus santos.
Que caiga el rayo donde quiera.*

Un mundo de rocío, un mundo de rocío sobre una hoja...

Y la lluvia lloró sobre todas las hojas y también sobre aquella,
y la lanzó al río.

Pero existe la fe de la estrella
en todas las estrellas –escribió en un papel.

Y nadie detuvo al sol.
Y el sol saltó al otro lado del mar
y se coronó de plumas de colores
y otorgó plumas a la serpiente de agua
y a otros animales
y a las piedras las hizo bailar y cantar
y a los hombres y a los dioses cubrirse de máscaras y tocados.

Corre el sol por encima de los campos de maíz
y las pirámides escalonadas donde desciende la serpiente,
nada son para él los sacerdotes del viento,
dueños del rojo del crepúsculo,
ni el bebedor de la noche,
ni la mariposa de obsidiana,
ni *Tezcatlipoca*,
espejo que ahuma
con los pedernales de su cabeza,
ni la culebra de las nubes,
ni el dios de la lluvia, ricamente ataviado,

*chaquetín de rocío,
collar de jade,
manto de imanes terrestres
para atraer las piedras cristalinas.*

Porque él es todos y cada uno de los soles,
el primero 4 tigre, el segundo 4 viento,
el tercero 4 lluvia, el cuarto 4 agua,
el quinto 4 movimiento.

Llega la rosa de piel de oro con la sonaja,
llega la Cinco-flor que toca todos los instrumentos,
llegan las Bellezas del Día

¡Dadores del Amarillo! ¡Dadores del Verde!

Y con el verde y con el amarillo
y con todos los colores del arco iris, haciendo nudos,
el hombre de esta parte escribe sus *tikpus*,
y en finísimas cortezas de árbol dobladas
recoge los cantos que entona acompañado de atabales,
flautas de caña, caracolas marinas... Más allá del mar...

Más allá del mar, los inmensos cactus, los altos árboles, la selva,
selva, selva, selva custodia de lo ignoto y la raíz,
selva custodia del aire ondeante donde todo está escrito.

Seamos selva, seamos aire, porque aire es el aliento,
aire que despierta al fuego.

Y lo escrito ha de estar escrito en letras de fuego.

Venero al que llama a sus dichos de amor:

lámparas de fuego,

y a la que dice:

sin saber qué hacer

recorto la mecha de las candelas.

Y ensalzo a ese de pelo cano

que corre por las calles y salta para arrancar una ramita de árbol

y arrastra tras de sí a un domesticador de pájaros

y al sultán Ahmet con una flor en la mano...

Y venero al que con cautela

lleva un cuenco lleno de leche con una gota de sangre

y busca la pureza del agua de manantial.

Y al que me ha dado el hilo de plata

para tejer este poema.

Y al que, tal Prometeo,
robó de las antiguas tradiciones
la unión de la rosa y del fuego.

Y una mano aproximó la llama
y ardieron todas y cada una de las palabras
y se transformaron en cenizas.

Hubo entonces grandes extensiones de silencio,
mientras las cenizas se unían hasta paralizar la tierra entera.

Pero crecieron el Tigris y el Eufrates, los dos ríos fértiles,
y desataron lentamente la superficie.

Y bajo aquella ceniza se descubrió un rescoldo:
una rosa en cuyos pétalos de arcilla,
en indeleble cuneiforme,
estaba escrito:

Pero existe la fe de la estrella
en todas las estrellas.

Apéndice

Notas al poema «La rosa de Hal.lach»

1. «Los egipcios situaban en el comienzo un océano primordial, el dios Nun, ilimitado e indefinido: el infinito el no-ser; la nada y la oscuridad, al decir de los *Textos de los sarcófagos*. Del océano nació Atum-Ra, el sol, *acabado y perfectísimo*, a partir de la emergencia de una colina primordial» (Ramón Bertrán, «Sub specie aeternitatis. La construcción de la eternidad» en *El bosque*, Zaragoza, Marzo, 1996)

«Una palabra sabia...» (de las *Inscripciones*, en *Cantos de amor del antiguo Egipto*, Olañeta Editor, Palma de Mallorca, 1997)

Referencia al libro de magia de Cleopatra, donde figura el Ouroboros (al que se alude con «la forma que no acaba»).

2. «Tuppu» libro cuneiforme, de arcilla.

«El que siembra», referencia a *Inanna y Shukallituda* en *Mitos sumerios y acadios*, ed. De Federico Lara Peinado, Editora Nacional, 1984.

«Para terminar los pozos...» de *Gilgamesh y Agga de Kish*, en *Mitos sumerios y acadios*, ed. De Federico Lara Peinado, Editora Nacional, 1984.

«el zafiro y el oro», «se hurta a los pájaros del cielo», referencias al *Libro de Job*.

3. [del libro *El árbol de la vida. La naturaleza en el arte y las tradiciones de la India*, edición de Chantal Maillard, Kairós Barcelona, 2001]

La *Yaksi*, manifestación de la diosa del bosque, la *aranyani* de los Vedas, donde se lee:

*Ahora ya he alabado a al reina del bosque,
dulcemente perfumada con fragancia de bálsamo,
madre de todos los seres silvestres,
que sin labrar poseen alimentos.*

La relación árbol mujer predomina en el mito indio. Se representa escultóricamente mediante la *Yaksi*, de pie, contra el árbol, lo abraza y así se convierte en el aspecto del árbol expresando la relación planta-ser humano. El árbol depende de la mujer para su fertilidad. (105)

El Kurma Purana dice: «Quien corte un árbol, una enredadera, un matorral o incluso plantas más pequeñas, deberá realizar una penitencia correspondiente a fin de purgar su culpa.» (57)

Todo hindú practicante, para honrar a la tierra, antes de poner el pie en el suelo, sentado aún en la cama debe decir: *¡Oh diosa vestida de mares...* etc. (58)

Conocer es llegar a ser, «el amor está en la raíz del conocimiento». «Conocer de verdad es llegar a ser la cosa conocida sin dejar de ser lo que uno es. “Llegar a ser” no es solamente cambio, no es un movimiento de lo que somos a lo que deberíamos ser. *Llegar a ser es el verdadero crecimiento del ser-siendo*. Es el verdadero ritmo de la realidad.[...] Para conocer los lirios tenemos que ser con ellos: esto es *experiencia*. Cuando los miramos más profundamente, esto es *observación*. Arrancarlos, hacer violencia con ellos, esto es *experimento*.» (47)

«el animal no juzga, la planta no juzga...» (16)

El shivaísmo de Cachemira se empeña en poner de manifiesto «la naturaleza “real”, no ilusoria, del mundo. Puesto que el mundo es *Shiva-Sakti* y ésta es la única realidad, no hay razón para pensar que el mundo es irreal. La hermosa imagen védica de los dos pájaros que comparten el mismo árbol sugeriría esto mismo, uno de los pájaros está en la cima y lo ve todo, el otro, mientras tanto, está en las ramas comiéndose los frutos. Ellos representan las dos naturalezas del Brahman, una inmortal, la otra mortal, una conciencia observadora, otra inmersa en la acción.» (27)

Del *Chandogya Upanishad*

Desde la oscuridad me dirijo a la plenitud del color.

Desde la plenitud del color me dirijo a la oscuridad.

Deshaciéndome del mal como el caballo se sacude de sus crines,

deshaciéndome de mi cuerpo como la luna se desembaraza de la boca del eclipse,

y yo, atmán perfecto, me sumerjo en el mundo creado del bráhmañ”

(*La sabiduría del bosque, antología de las principales upanisads*, Ed. F. G. Hárroz y O. Pujol, Trotta, 2003 p. 209)

Del libro de A. Coomaraswamy *El Vedanta y la tradición occidental y otros ensayos* Siruela, 2001:

El intelecto, *el más rápido de los pájaros* (Rig, Veda)

El sol *avanza resonando* (*Jaiminuya Upanishad Brahmana*)

Brahma «dios creador del universo, situado en el centro de la dorada flor que resplandece de energía creadora» (58) Tiene cuatro rostros, y con ellos controla los cuadrantes y el campo entero del universo. (59) Es «el que está más allá del ser y del no ser, m realidad de realidad, y junto a él la *luz del alma*, el Atman». **Atman**, yo altísimo, médula de la existencia humana.

Brahman Esencia altísima, núcleo del mundo.

Sentarse sobre un león, echarse sobre la espalda del agua, igualmente referencias a la mitología hindú.

El hombre lleva en sí mismo el universo entero, están «fundidos pero no confundidos». (Eckhart)

«Porque en el interior del corazón cabe todo el universo,
cielo, tierra, fuego, viento, sol, luna, relámpago, estrellas»
(Chandogya Upanishad 8,1-1-3)
Todo medido por el fuego de los soplos.

«El fuego transformado en habla, entró en la boca,
el viento, transformado en aire, en las fosas nasales,
el sol, transformado en vista, en los ojos,
las regiones del espacio, transformadas en oído en las orejas,
las plantas y los árboles, en pelos y cabellos, en la piel,
la luna, transformada en mente, en el corazón,
la muerte, transformada en aire, en el ombligo.
El agua, transformada en semen, en el órgano viril» (Aitareya Upanishad.
Chantal 56)

4. *El libro de Job*

Referencia: «aunque el árbol se seque...»

Cita: «El traslada los montes...» «De piel y de carne...», «Como a un león...»

De Aristóteles: το τι ην ειναι: lo que fue, la sustancia.

En Canán nace el alifato –alfabeto sin vocales, antes del 1000 a. C., derivado del jeroglífico.

En Micenas, con el Lineal B, la primera escritura con vocales. (1500-1400 a. C.)

Letra capital –la romana, para tallar en mármol.

Aleandría, Pérgamo, Alepo, Herculano, donde hubo las grandes bibliotecas de la antigüedad.

De Chaung Zu:

«Las diez mil formas, un caballo»

«Más allá de lo ilimitado...»

«Su estado es lo inútil...»

Feng Shui: viento y agua. Ciencia geomántica del paisaje, va unida al estilo tradicional de filosofía según la cual la tierra es vista como una criatura viva. Exige el respeto del paisaje y colaborar con él. Como las energías del cuerpo humano, el espíritu de la tierra fluye a través de la superficie por canales o venas y entre las dos corrientes, del hombre y de la tierra, existe una natural afinidad.

«En medio de la montaña...» Wang Wei (China, s. VIII)

«Vuelvo a mi hogar...» Pei Di (que junto a Wang Wei escribió *Poemas del río Wang*)

«Un mundo de rocío» Issa Kobayashi (Japón s. XVIII-XIX)

«¿Qué fueron sino rocíos de los prados?» Jorge Manrique

«Mi espada se recorta...» Shumpo Soki (s. XV, *Poemas japoneses a la muerte*, DVD, 200, p. 102)

5. «Tezcatlipoca...» («Atavíos de Tezcatlipoca» recogido por M. A. Asturias en *Poesía precolombina* Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires 1968)

«Chaquetín de rocío...» («Atavíos de Tlaloc», *Ibid.*)

«Dadores del Amarillo...» («Canto a las bellezas del día» *Ibid.*)

Los indios de los Andes tenían bibliotecas, todas destruidas por los invasores al llegar, donde guardaban los *tipkus*, «libros» hechos con una escritura de hilos de colores y nudos. Y otros escritos en cortezas de árboles, los *kerka*. Los wipala tenían una bandera con todos los colores del arco iris. En Méjico la literatura era fundamentalmente oral, aunque existía un libro en forma de acordeón hecho de finísima corteza de árbol. Recitaban acompañándose de tambores gigantes, flautas de caña y caracolas marinas. Los mayas se saludaban diciendo: «Tú eres mi otro yo. Si te hago daño me lo hago a mí».

Rabbi Nahman decidió quemar uno de sus libros y darle existencia bajo el nombre de *El libro quemado*. Quemar el libro –en el orden simbólico– significaba restituirlo a una naturaleza superior: «La llama es la forma en que la palabra que visita al justo, se manifiesta. la Torah celeste está escrita en letras de fuego.» (Valente, *Variaciones del pájaro y la red*, Tusquets, 1991, p. 256)

«lámparas de fuego»... San Juan de la Cruz

«sin saber qué hacer/ recorto la mecha de las candelas» (Li Qingzhao, primera gran poetisa china, siglo XI)

Arrastra a un domesticador de pájaros... Ilhan Berk

Lleva un cuenco de leche... Gunar Ekelof

Me ha dado el hilo de plata... Vladimír Holan

Robó de las antiguas tradiciones... T. S. Eliot



Aquel pájaro...